

## Introducción\* Sobre este libro\*

*La cultura escrita  
no es ni el mayor problema,  
ni la solución principal.*  
Harvey J. Graff

La mayoría de la gente, salvo usted que lee este libro, rara vez piensa en lo que implica el hecho de ser usuario de la cultura escrita. Una vez que hemos aprendido a hacerlo de tal forma que ambas cosas nos parecen naturales, damos por sentada nuestra relación con lo escrito. Todos parecen hacer lo mismo. Un rápido vistazo a las tablas de horarios en las estaciones de ferrocarril y sabemos si el tren que esperamos está atrasado, aunque lo que veamos en realidad sea el tiempo estimado de llegada. Unas cuantas palabras escritas apresuradamente: “Regresamos en cinco minutos”, bastan para infundirle confianza a quien las lea respecto a nuestra ausencia imprevista. Hacemos estas cosas casi sin pensar, porque creemos, y nuestra experiencia lo confirma, que el mundo está organizado de tal manera que las personas que saben leer y escribir pueden comunicarse entre sí por medio de mensajes escritos.

Piense en lo que sucede cada día en la oficina de correos. Cuente el número de hojas de papel —documentos— que dan fe hasta de nuestra misma existencia: acta de nacimiento, expediente médico, registro escolar, formularios de inscripción, resultados de exámenes, comprobantes salariales, credencial del seguro social, declaración de impuestos, licencia de manejo, boletos de algún espectáculo, pasaporte, confirmación de censo. Nuestros nombres y direcciones no sólo se encuentran en el directorio telefónico sino en lugares que contienen otros expedientes, en bancos o en archivos policiales. El Parlamento, las oficinas de gobierno o las compañías de crédito transnacionales acumulan montañas de información escrita que afecta nuestras vidas. El Archivo Público\* es un monumento erigido a siglos de papeles con los que está escrita nuestra historia. De manera menos grandilocuente, alguien ingresa en una computadora nuestros adeudos a las compañías de gas, de luz y de agua. Los supermercados están llenos de más material

---

\* MEEK, Margaret, *En torno a la cultura escrita*. Fondo de Cultura Económica. 2004. Pp. 9-24

\* ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR: La palabra *literate*, uno de los conceptos centrales de este libro, es intraducible al español. Sólo puede transmitir su sentido más aproximado una palabra en desuso (probablemente a consecuencia de la actual difusión de esa misma cultura de lo escrito): *usuario de la cultura escrita*, que designa a una persona con conocimiento de las letras, lo cual era en la Edad Media o el Renacimiento un privilegio de pocos. Hemos resuelto, pues, actualizarla aquí, en combinación con la traducción más frecuente para *literacy*, que es “cultura escrita”, según el sentido contextual que tenga en cada caso.

\* *Public Record Office*, en Gran Bretaña. [N. del T.]

impreso del que alguien podría leer en toda una semana. Los periodistas y los periódicos, los noticieros, las estaciones de televisión y las compañías radiodifusoras —en todo el planeta— cuentan con el hecho de que lo que está escrito puede leerse. Incluso una lista de compras y un comprobante de caja son ejemplos simples pero contundentes de todo esto.

En nuestras vidas, atiborradas de impresos, vivimos conectados a extensas redes de comunicación que hemos aprendido a considerar normales. Los lazos creados por la autoridad tradicional, como pueden ser las leyes, las iglesias, asociaciones, clubes y grupos a los que pertenecemos, así como las ramificaciones de nuestras actividades de compra y venta, nos mantienen ligados unos a otros mediante reglas escritas, notificaciones y certificados. Algunos enmarcan los comprobantes testimoniales de sus logros y los cuelgan en la pared. Damos testimonio de los muertos mediante los textos escritos en las lápidas y en los monumentos fúnebres. Nadie se sustrae a las consecuencias de la cultura escrita. Esto que nos parece tan natural es de hecho resultado de los usos sociales de la escritura, del uso que le da la gente en el contexto de los sucesos y las prácticas que la generan.

La cultura escrita se inició cuando se descubrió la utilidad de la escritura para llevar registro. Su utilidad se extendió a otros campos y sus formas cambiaron cuando se le reconoció como un medio de comunicarse venciendo las barreras de la distancia y el tiempo. El que escribe muere, pero sus palabras subsisten. Los textos escritos permiten a los lectores discutir, siglos después, sobre acontecimientos que ocurrieron en el pasado lejano, e interesarse por gente que murió tiempo atrás, cuyas lenguas e ideas nos parecen aún vivas y dotadas de sentido. Imaginemos qué habría sido de Europa sin la *Biblia* como libro. La letra escrita puede también convertirse en un instrumento de poder para quienes la practican y para quienes la leen.

La cultura escrita es parte de la historia, pero también tiene su historia particular. Los ejemplos más antiguos de escritura que tenemos son inscripciones, incisiones hechas en materiales resistentes, como piedra o arcilla, con instrumentos punzantes. Cuando los arqueólogos excavan los sitios de antiguos asentamientos, encuentran cosas que tenían valor para sus dueños: vasijas, joyas, armas de caza; si además descubren inscripciones, pueden interpretar los pensamientos de quien las escribió. Al hacerse más manuales los implementos y más finas las superficies para la escritura, escribir se volvió cada vez más fácil y rápido, y los textos se hicieron en consecuencia más largos. Aún conservamos antiguos pergaminos y manuscritos a los que

solemos llamar libros. Un escriba podía pasar toda su vida en hacer una sola copia de un texto. La mayoría de los cambios tecnológicos posteriores —la imprenta, las máquinas de composición tipográfica, y actualmente los procesos electrónicos que transmiten documentos a través del planeta a la velocidad de la luz— han sido resultado de nuestra comprensión cada vez mayor de lo que la escritura nos permite hacer. Las bibliotecas, que en algún tiempo conservaron copias únicas de libros manuscritos, ahora cuentan con máquinas que reducen los impresos a puntos microscópicos y que permiten amplificarlos cuando se desea consultarlos. Mantenemos la historia de la escritura en nuestras manos cuando usamos punzones, lápices o bolígrafos: pero ser usuario de la cultura escrita es aprender a utilizar la tecnología de nuestro tiempo, y decidir qué provecho tienen la lectura y la escritura en nuestra propia época.

Todo el mundo sabe que sentirse como en casa en una sociedad con cultura escrita es tanto un sentimiento como un hecho. Estamos conscientes de que en nuestra historia la cultura escrita ha exaltado al pobre hasta el nivel de los poderosos. El hojalatero John Bunyan tuvo más influencia sobre el pensamiento y el sentir de su tiempo que los arzobispos. En la vida de la gente común y corriente, a través de los siglos, la cultura escrita ha tenido una importancia que va más allá de su utilidad, más allá de la función que cumple en las redes públicas de cohesión social y en las técnicas de sus procesos productivos. Sea cual sea la situación y el momento en que la gente aprende a leer y a escribir, la cultura escrita aporta algo a su sentido del valor y la dignidad humana. La mayoría de la gente concuerda en que al ejecutar procesos tan comunes como leer un periódico o una novela o escribir una carta de condolencia, acrecentamos nuestra conciencia, nuestra compasión y nuestra comprensión. Leer es lo que nos permite también *questionar* la autoridad y el aparente predominio de aquellos que, con sus documentos escritos desde el poder, nos exigen alguna cosa. Podemos poner en duda la cuenta del gas, escribimos y también hablamos para expresar nuestras protestas contra la injusticia. Al aprender a leer obtenemos mayor conocimiento. Al escribir llegamos a preguntarnos qué es lo que sabemos y entendemos, de forma que nosotros también podamos estar “en los registros”. Y así, nos resulta natural pensar que, en nuestra sociedad, tanto nosotros como nuestros hijos debemos ser usuarios de la cultura escrita.

Al mismo tiempo debemos entender que la cultura escrita, tan natural en apariencia para nosotros, no es algo universal. Todavía hay lugares en el mundo donde la gente no aprende a leer y escribir en la infancia, porque su modo de vida no depende de eso. En esos lugares, por tanto, ser “analfabeto” no equivale a un defecto o una carencia. Esto sirve también para recordarnos que, en la historia de la cultura escrita en Gran Bretaña, la idea

de que *todo el mundo* tiene que aprender a leer y escribir es una noción bastante reciente. Dudo que mis bisabuelos hayan tenido mucho tiempo para leer, excepto cuando asistían a la escuela dominical.

Las cuestiones de las que se ocupa este libro incluyen: qué significa usuario de la lengua escrita y hasta qué grado nuestros hijos deben ser usuarios de la cultura escrita y qué valor tendrá ese hecho. En un mundo de documentación y de impresos oficiales, ¿qué tipos de cultura escrita deben adquirir la mayoría de los individuos? ¿Podemos dar por sentado que una vez que nuestros hijos hayan aprendido a leer y a escribir en la escuela, la cultura escrita les durará toda la vida? Lo único seguro es que en la actualidad presenciamos una profunda transformación social y cultural —tal vez una verdadera revolución— que conforma nuestra visión del futuro de una manera que nadie habría podido predecir hace cincuenta años. Por ello parece conveniente hacer una evaluación de nuestra cultura escrita: qué es y para qué pensamos que sirve, de tal modo que podamos decidir cuál es la mejor forma de ayudar a nuestros niños a aprender las culturas literarias que necesitarán en un futuro.

## COBRAR CONCIENCIA DE LA CULTURA ESCRITA

Empezaremos por unas cuantas experiencias cotidianas. ¿Cuándo, por ejemplo, nos percatamos de que poseemos cultura escrita, de que somos dependientes del hecho de poder leer y escribir? ¿Qué es lo que aprendemos cuando dejamos de dar por sentada la cultura escrita y la observamos?

Supongamos que vamos de vacaciones a Grecia, Israel, Turquía, India o al Lejano Oriente. Tan pronto como llegamos al aeropuerto o la estación, encontramos una escritura en un alfabeto que nos resulta extraño. Nuestra habilidad usual de lectura no funciona, especialmente si las palabras van de derecha a izquierda. Al vernos aislados de la lectura por el sistema alfabético, empezamos a “leer” otras cosas: la situación, los rostros de la gente que nos rodea, la mercancía de tiendas o quioscos. Para salir del paso contamos con el lenguaje de signos, los gestos y las escasas palabras que aprendemos a toda prisa, como “por favor” y “gracias”. Cuando estamos entre gente cuyo alfabeto es más antiguo que el nuestro, nos vemos forzados a comportarnos como si estuviéramos en una cultura oral. Los británicos podemos vivir este tipo de situación sin tener que cruzar el Canal de la Mancha. Una visita al país de Gales me hizo sentir en mi propia casa lo que experimentan los paquistaníes o los vietnamitas cuando llegan a vivir a Gran Bretaña. Incluso un asunto cotidiano como el de comprar un boleto para el metro londinense me hace

tomar conciencia de que uno de los más poderosos supuestos acerca de ser usuario de la cultura escrita es la confianza en todo lo que uno *no* tiene que leer. Cuando se introdujeron nuevas máquinas expendedoras de boletos, tuve que leer las instrucciones para saber cómo poner dinero en la ranura, qué botones con signos y figuras apretar, cómo recoger el boleto y el cambio. Todo ello requirió de mi concentración y esfuerzo durante varios días. Lo que permanecía inmutable era mi confianza en que las instrucciones escritas en la máquina estaban allí para ayudarme. Así es como convertimos nuestros comportamientos en rutinas y en hábitos, del mismo modo en que compramos periódicos en los que sabemos encontrar, y a veces hasta resolver, crucigramas. ¿Se es usuario de la cultura escrita una vez y para siempre? Eso es algo que analizaremos.

Mientras espero el metro, me encuentro, como de costumbre, recorriendo con la vista los anuncios frente a mí. Uno de ellos tiene una enorme foto de un refrigerador convencional. Debajo de éste se leen las palabras: “Si su máquina no opera un programa bos, es que probablemente es un refrigerador”. Las palabras no me causan problema alguno, pero dado que el sentido parece escapárseme, las releo. Y esta vez presto atención al hecho de que lo que dicen no es del todo lo que intentan transmitir. Al mismo tiempo cobro conciencia de mis compañeros de viaje. “Leo” su vestimenta, sus pies inquietos y sus portafolios. Van a la zona financiera de la ciudad, al mundo de los veloces intercambios de información entre Tokio y Wall Street. ¡Ah! Se trata de computadoras: así que “máquina”, “programa” y “operar” se insertan ahora en un contexto diferente, el de la microtecnología. Los autores del cartel contaron, para atraer mi atención, con el momento de duda que tuve entre la lectura y el acto de comprenderla. La publicidad, además de ser un enorme negocio, es un juego que los usuarios de la lengua escrita juegan hoy día, entre sí. Los lectores se congratulan de detectar los trucos y de haber entendido el mensaje. Pero los verdaderos ganadores son los fabricantes del producto, los que les pagan a los creativos. Todos conocemos las reglas de este juego; lo que no siempre recordamos es que las aprendimos cuando descubrimos cómo contar una historia o un chiste.

Este preámbulo tiene por finalidad explicar dos sencillas ideas de las que depende la utilidad de este libro. La primera es que la cultura escrita no es algo natural, aun cuando actuemos como si lo fuera. No es algo que sea parte de nosotros, como el pelo o tener piernas largas, o incluso como el lenguaje, que también es algo socialmente aprendido. Nos volvemos usuarios de la lengua escrita al conducirnos como lo hacen los usuarios de la lengua escrita esforzándonos mediante su guía, en el hogar, en la escuela y en nuestros encuentros en el mundo con la palabra escrita.

Mi segundo axioma a propósito de la cultura escrita es que cambia conforme las sociedades lo hacen. Mientras esperaba el metro, y me divertía descifrando el anuncio del programa informático, recordé a mi abuelo enseñándome a leer con un letrero que decía oxo, y con textos de las láminas esmaltadas que estaban clavadas en la cerca de madera de nuestra pequeña estación con mensajes publicitarios sobre la cultura escrita de aquellos tiempos:

*Llegan como un don y una bendición para los hombres las puntillas de Pickwick, Owl y Waverley.\**

Mientras recorríamos el andén, mi abuelo solía explicar, con mayor insistencia de la que a mí me hubiera gustado, la relación que existía entre Pickwick, Owl y Waverley y un mundo de escritura que hoy apenas se recuerda. Fue uno de los primeros niños en ir a la escuela de su pueblo allá por 1868, justo antes de que la educación primaria se volviera obligatoria. Era un alumno lleno de avidez, tanto que a partir de entonces y durante casi toda su vida pudo escoger lo que quería hacer, y leyó y escribió hasta su muerte, ya cerca de los noventa años de edad. Los textos que prefería eran los escritos en hebreo y en alemán. Durante su vida fue testigo de la decadencia de las novelas ilustradas para adultos, del perfeccionamiento de la pluma fuente que vino a reemplazar el entintado azaroso de las puntillas Pickwick, Owl y Waverley en tinteros atascados, y la revolución de anteojos para lectura, los cuales le brindaron serenidad en sus años de vejez. Apenas si conoció la explosión publicitaria de la posguerra, y no llegó a enterarse de la sutileza en las técnicas modernas de la imagen creativa.

Sin embargo, heme aquí, la nieta a quien enseñó a leer, todavía aprendiendo de mi entorno de una manera que era inconcebible cuando yo iba a la misma escuela de pueblo y usaba las herramientas de escribir para principiantes de que se disponía en 1930: una bandeja de arena para trazar letras y una pizarra para hacer sumas. En una forma que apenas había cambiado desde la invención de la imprenta, aprendí a hacer que mis dedos representaran mis pensamientos y de ese modo hicieran visible el diálogo que “operaba” en mi cabeza. Antes de cumplir treinta años nunca vi televisión, y luego sólo lo hice de manera irregular. La cultura escrita se transforma según cambian los tiempos. A veces lo notamos más que los demás. En este momento en que mi generación está siendo avasallada por la era de las computadoras, un capítulo más de la historia de la cultura escrita llegará a su fin, aunque dudo que nadie pueda darse cuenta del momento preciso

---

\* Marca de puntillas para manguillo en la Inglaterra de la época. [N. del T.]

en que suceda.

## CULTURAS ESCRITAS DESIGUALES

En mayor o menor medida, en la esfera pública siempre ha habido interés por la cultura escrita. Naturalmente, los padres de familia se preocupan por la educación de sus hijos, y en el centro de ésta se encuentra la cultura escrita. Se presupone que las escuelas y los maestros deben asumir la responsabilidad de hacer de los niños gente alfabetizada de manera comprobable. Los gobiernos quieren recuperar el dinero que invierten en la educación, y así las evaluaciones y resultados de exámenes hacen las veces de rendición de cuentas para los maestros y las autoridades escolares. Cada grupo —padres de familia, maestros, administradores y servidores públicos— responsabiliza a los demás por el desempeño de los niños en la escuela, mientras que la preocupación por la relación entre métodos de enseñanza y éxito escolar produce conflictos y divergencias de opinión, lo cual acarrea aún más preocupación de que los niños no sean usuarios de la cultura escrita tan eficientes como deberían serlo. Al mismo tiempo que los adultos se vuelven cada vez más impacientes respecto al aprendizaje de sus hijos y exigen resultados cada vez más palpables, los argumentos sobre la forma en que se debería enseñar a leer y a escribir han sido cada vez más agresivos y menos útiles. Los progresos de cada niño en la cultura escrita son más complejos de lo que muestran los resultados de exámenes.

Una segunda causa de esta poderosa insatisfacción está arraigada en la naturaleza de nuestra sociedad. Todos sabemos de sobra que, aunque se espera que todos los niños aprendan a leer y a escribir, la cultura escrita no es la misma para todos. Un plan de estudios nacional no hará que este hecho cambie sustancialmente. Ser usuario de la lengua escrita se puede reconocer como un bien universal, pero por ahora no hay señales de que pueda convertirse en un derecho o en una medida universal. Hay diferentes versiones de cultura escrita, algunas mucho más extensas que otras, algunas mucho más poderosas que otras. La escuela *donde* asisten los niños parece determinar el que alcancen posiciones de importancia en la vida adulta de manera más directa que *cómo* demuestran sus capacidades en exámenes abiertos a todos por igual. La cultura escrita forma parte de nuestro sistema de clases.

Ningún padre de familia sensato cree que todas las escuelas brindan igual acceso a la cultura escrita a todos los niños. Quienes pagan colegiaturas, se enfrentan a la autoridad local, o que intentan demostrar la superioridad de las capacidades intelectuales de sus hijos para enviarlos a escuelas de élite, demuestran así su creencia en que ciertos tipos de cultura

escrita que se adquieren en la escuela son más deseables que otros. En nuestra sociedad actual, tortuosamente competitiva, la preocupación activa, democrática, por la accesibilidad para todos a la más completa cultura escrita cede paso a un interés más particular por los propios hijos. Eso también puede parecer natural, y puede ocultarnos el hecho de que la cultura escrita se inserta en sistemas de creencias particulares, en una ideología. Ser educado es algo que la mente de la gente asocia desde hace mucho con el éxito en la vida. Aquellos que tienen privilegios visibles y una poderosa autoridad sobre los demás — médicos, abogados, banqueros, académicos, científicos, hombres de empresa y sacerdotes—, en la mayoría de los casos, si no es que en todos, han sacado provecho de que su trayectoria profesional haya sido modelada por las respectivas culturas escritas especializadas en escuelas y universidades. Aquellos que, al considerar su educación pasada, hubieran querido haber sido individualizados en esta forma (en latín *privilegio* es “individuo” o “ley privada”), o haber “sacado mejor provecho”, desean para sus hijos las mayores ventajas de la cultura escrita. Quieren asegurarse de que cuenten con ellas, no sólo en términos de éxito profesional sino también de la adquisición de una cultura escrita más rica, más continua, que vaya más allá de lo que cualquier autoridad decreta como “básica”, o sea, la forma más barata, más mezquina de cultura escrita. Este deseo no es exclusivo de una clase o un sector de la población, aunque puede expresarse de distinta manera en diferentes partes. La gran división en materia de cultura escrita no se encuentra entre los que saben leer y escribir y los que aún no han aprendido a hacerlo, sino entre los que han descubierto qué tipos de cultura escrita valora la sociedad y cómo demostrar su competencia a modo de recibir reconocimiento, mientras otros pueden tener menos confianza en sus aptitudes o un deseo menor de probar su superioridad de esta manera.

Hay signos de cambio. Se habla de una “crisis” de la cultura escrita, pero ésta sólo es la manera moderna de atraer la atención hacia lo que nos parece importante. La lengua escrita siempre se ve afectada por los cambios que se producen en nuestra cultura, forma de vivir y suposiciones. Mi postura, por banal que pueda parecer, es que la lectura y la escritura nos han ayudado a entender el mundo y el lugar que ocupamos dentro de él, y ahora nos permitirán considerar las posibilidades de diferentes tipos de futuro. Aunque a lo largo de la historia hemos visto que la cultura escrita no siempre se ha valorado, ha sido relacionada con el mal, las guerras, las enfermedades, la opresión y la autocomplacencia, sabemos que nunca ha promovido o formado parte de la desesperanza o el desamparo cultural. Por el contrario, es también una forma de recreación que requiere de un esfuerzo pero que al mismo tiempo brinda reposo. Por ello debemos dar a entender a nuestros hijos lo más claramente posible a qué nos referimos cuando decimos: “quiero que seas educado”.

## DIFERENCIAS

Este libro es complemento de otro que escribí sobre cómo aprender a leer. En aquel volumen analizaba la lectura fuera del contexto general de la cultura escrita, de modo que podía observar ciertos aspectos de la lectura en el medio escolar y de los libros para niños, para ayudar así a los padres que deseaban apoyar el aprendizaje de sus hijos. Ahora quiero ocuparme de las maneras en que el aprendizaje de la lectura y la escritura se relacionan con los aspectos más generales de la escolarización, de tal forma que los padres, los maestros y —eso espero— los niños entiendan algunos aspectos de la naturaleza de la lengua escrita y de su lugar en nuestra cultura.

Mi objetivo no es neutral. El hecho de haber trabajado con maestros como con alumnos me ha convencido de que hay dos modelos de cultura escrita disponibles en nuestras escuelas: uno utilitario, cuyo fin es dotar a la gente de la capacidad de escribir algo más que su nombre y dirección y llenar formularios, y otro modelo sobrecargado, que permite a quien lo posee elegir y controlar todo lo que lee y escribe. Esta cultura escrita poderosa incluye la capacidad, e incluso el hábito, de tener una postura *crítica*, o sea de emitir juicios, especialmente tratándose de los escritos de otros. Tengo la convicción de que, mientras la mayoría, o más bien el total, de los niños que van a la escuela no tengan acceso a la cultura escrita crítica —que incluye la comprensión de que la lectura y la escritura son algo más que simples útiles— y no la hagan suya, fallaremos en nuestra tarea de educar a las generaciones futuras de forma adecuada.

En el núcleo de todo esto se halla la cuestión de las *diferencias*. Ya hemos aludido a algunas de ellas: los cambios en las tecnologías para la escritura, por ejemplo. Conforme los procesadores de palabras se generalizan, la letra escrita a mano cobra significados diferentes. Además de su contenido manifiesto, puede revelar un no estar al día, un nivel económico bajo o un deseo de intimar con el lector. Las redes telefónicas han crecido de manera prodigiosa, pero en vez de la reducción de envíos postales que se hubiera podido esperar, tenemos más correo inútil, catálogos más grandes que nunca, ofertas más insistentes.

Pero existen diferencias más sutiles e importantes en el campo de la cultura escrita. La primera de ellas reside en la composición misma de nuestra sociedad. Un aula de cualquier escuela muestra claramente que somos una nación multicultural. El hecho se aprecia más en los barrios de menores recursos, pero sus implicaciones son universales. Por ello, estamos más conscientes que nunca de la diferencia que la clase

social provoca en el aprendizaje de los niños en la escuela. Hay pruebas irrefutables de que en las escuelas primarias los niños pobres tienden a ser menos eficientes en la lectura. También sabemos que los niños y las niñas ocupan puestos diferentes en la sociedad. Su paso por la escuela les da diferentes expectativas para la edad adulta. Leen libros de manera diferente. Las consecuencias de todas estas diferencias no se entienden correctamente, y a veces ni siquiera se reconocen.

Si bien es posible registrar los cambios que se presentan en la cultura escrita a través del tiempo —la diferencia entre mi cultura escrita y la de mi abuelo—, resulta más difícil, aunque igualmente necesario, tener en cuenta diversas culturas escritas en uso al mismo tiempo. No todos los miembros de nuestra sociedad tienen la cultura escrita que quisieran. Tenemos una responsabilidad especial hacia aquellos cuya lengua escrita es marginal, como los que podrían leer un aviso redundante sin darse cuenta de que no es una comunicación entre iguales. Por otro lado, ni siquiera sabemos bien cuánta cultura escrita, o de qué tipo, se necesita para determinadas ocupaciones —dependientes de comercios, porteros, conductores de taxi—, o de si la cultura escrita de las enfermeras en un turno de administración de medicamentos es diferente de la de los médicos que los recetan. Estamos acostumbrados a asociar cultura escrita con nivel social, y luego, a traducir esas diferencias en términos de aptitudes.

Algunas personas creen que poseen toda la cultura escrita que desean. Los intereses de un entusiasta de los deportes son más activos que los de un vendedor de libros antiguos. La asociación entre cultura escrita y éxito social parece obvia hasta el momento en que se hace evidente que los poderosos no necesariamente son gente de libros y que los grandes lectores, los académicos, tienen la fama de contar con una educación que se relaciona más con la docilidad y el sentido del orden que con mover las montañas del intelecto. De manera significativa, incluso los tests más sofisticados de cultura escrita, esas mediciones que supuestamente indican los niveles de aptitud, no nos dicen nada sobre el uso real y las habilidades de lectura y escritura, sobre lo que hace el alfabetizado con su cultura escrita.

Una cosa es segura: no vamos a cambiar la educación de un solo niño quejándonos de que la cultura escrita ya no es lo que fue. Este hecho es irrefutable; de ahí la necesidad de reconocer la complejidad de nuestro tema y aceptar que casi todo lo que tenemos por descubrir sobre la cultura escrita se encuentra amalgamado en las prácticas sociales en que la utilizamos y en las maneras en que, si no tenemos cuidado, podríamos emplearla para dividirnos en vez de unirnos.

Éstas y otras cuestiones son las que estudiaremos en las páginas que siguen. El primer párrafo de cada capítulo indica qué aspectos de la cultura escrita, o más bien, como diremos en breve, de las culturas escritas, se abordan. Los subtítulos brindan alguna indicación sobre la manera en que se desarrolla dicho tema. Si la orientación que aquí se da a los padres de familia, maestros y otros interesados en ayudar a niños y jóvenes a salir de la confusión que reina en la cultura escrita escolar no es lo que usted esperaba, no dude en comunicármelo. Lo invito a leer este libro de manera cuestionadora, retadora e incluso opuesta, como un ejercicio de cultura escrita crítica.